

los mas graves autores; pero despues de Safo, Corina se halla por cima de todas. Y no les faltaron honores, ántes fueron orgullo y júbilo de sus ciudades nativas, en las cuales cada una tuvo su estatua.

Así, no solamente ahora echan de ver las mujeres su genio, y su derecho á cultivarlo; derecho no cuestionado á ninguna de las antedichas, á las cuales no rehusó la antigüedad ni su simpatía ni la gloria.

Véase ahora una observacion importante. Entre estas no hay siquiera un nombre jónico: todas son dóricas ó eólicas, la mayor parte por nacimiento, las demas por adopcion. Si de las poetisas pasamos á las cultivadoras de la filosofía, el mismo hecho se reproduce; siendo estas en lo general pitagóricas, es decir, dóricas por adopcion, sino por nacimiento. ¿De qué proviene esto? ¿por qué bajo tal punto de vista es tan inferior una de las principales ramas de la raza helena? Dígalo quien sabe la diferente condicion á que se hallan reducidas las mujeres por las leyes de Atenas, por el *gimnasio*, por la constitucion de Esparta y su gimnasio. La condicion de las mujeres en Esparta, que en menor grado se encuentra en todas las ciudades dóricas y eólicas, parientes próximas de estas, puede dar explicacion de la república de Platon y de la parte que las mujeres tuvieron en el pitagorismo, puesto que toda la doctrina de este sobre el amor se halla en el fondo de las leyes dóricas.

Entre las mujeres que se dedicaron á la poesía, la mas ilustre es por cierto Safo, y si bien no nos quedan de ella mas que dos odas, su fama no puede perecer, y estará siempre en el alto punto en que los antiguos la vieron, sin que otra se le ponga en parangon, tipo ideal de la poetisa.

Merced á tanta celebridad, ¿se habria sustraído á lo ménos al olvido algo de la vida de Safo? ¿tendríamos aquí una biografía mas cierta que las precedentes, mas rica, mas circunstanciada? Rica sí lo es; pues que si sus contemporáneos hicieron poco por ella, la imaginacion de las edades sucesivas suplió abundantemente á su negligencia. Relaciones abundan; los hechos son numerosos cuanto interesantes: solo les falta acaso la autoridad.

Safo (tal es el compendio de la historia de convencion generalmente aceptada), Safo, natural de Mitilene en Lésbos, contemporánea de Alceo, floreció al espirar el siglo VII ántes de Cristo. Era hija de Escamandrónimo y de Cleida; tuvo tres hermanos, Larico, Eurigion y Caraxo, de los cuales el primero y el último obtuvieron de ella celebridad, pero por títulos muy diversos. La amistad le inspiró versos en honor de Larico, el cual era en Mitilene administrador de los vinos, al paso que se ensañó con Caraxo por causa de una cortesana á quien este se abandonó.

Ella se casó con Cercola ó Cereila, un rico de la isla de Andros, y tuvo una hija llamada Cleida

como su abuela, conforme al uso de los Griegos. La muerte la dejó en breve viuda, por lo que quedando jóven y libre, desde aquel punto empezó su sazón poética.

Conversó con ella la musa en las noches solitarias; pero la musa no vino sola, y la acompañó el amor, amor furioso, insensato, que sacudió sobre ella todas sus teas. Ántes bien el amor y la musa no fueron sino uno solo; un solo canto vibra en su lira y exulta en su corazón y en sus venas en notas desarregladas; un solo incendio devasta su existencia, la hace correr perdida, desordenada, de amor en amor, y arde en sus versos:

Vivuntque commissi calores
Æoliæ fidibus puellæ,

(HORACIO, IV, 9).

Mujer, abrió pues su alma toda al soplo tempestuoso de la musa, y entonces se alzó en ella la tempestad, en la cual al traves de las pasiones sublevadas hasta en sus mas recónditos oleajes, hasta en las mas sucias profundidades, el genio tomó el vuelo. Mujer, no supo hacer de la vida dos porciones, una para lo presente, otra para el porvenir; la una toda real y domada, la otra espiritual toda libre, toda divina. Mujer, vivió, pues, como cantó, con todo el poderío de su ser. ¿Y por qué? Porque era mujer, porque á la mujer le es desconocida la abstraccion; porque para ella la intuicion no es mas que un deseo, y la idea un deseo insuperable; porque su destino es principalmente el de sentir la idea, y sentir es realizarla.

Desdichadas, pues, las mujeres que deben vivir á mitad del camino de un templo que se desmorona y de otro que se levanta; pues que no sabrán, como el hombre, morir contentas á la lejana vista de la tierra prometida. La mayor parte se adormecen como niñas sobre el camino, fantaseando la religion de lo pasado, y solo al umbral del templo despertarán; otras, al primer vislumbre de porvenir se precipitan en él, y caen deslumbradas en el abismo, ¡Curiosas Psíquis que quieren contemplar de cerca, á la luz de una lámpara terrestre, el semblante inmortal del dios, de quien recibieron en la sombra las secretas caricias! ¡Imprudentes Semeles, que exigen que el dios se deje ver de ellas en todo el esplendor de su esencia, y tocarlo y estrecharlo en un abrazo de amor! El dios les ama y llora sobre ellas; pero sin embargo las consumirá con la mirada ó con el contacto devorador.

Tal fué la suerte de Safo; quedó libre ántes de que una ley regulase esta libertad; amó desmedidamente cuando ninguna ley habia sido hecha para tanto amor. Lo ideal, lo diré tambien, le fué revelado ó inspirado; pero no la relacion de lo ideal con la realidad, no la práctica de lo ideal. Nadie le enseñó que si el amor debe difundirse sobre la tierra, no debe, sin

embargo, sino atravesarla, siendo su objeto final la misma esencia de la infinita y eterna belleza. Entrábase en la era de la abstraccion; nadie le enseñó las reales existencias del mundo invisible; y la insensata confundió dos cosas bien distintas, tierra y realidad. Por esto atormentada de un amor que la tierra no saciaba, fué de error en error; pero pronto huyó el Dios del pecho profanado, dejándole por suplicio la furia de los sentidos.

Vidimus

Æoliis fidibus querentem
Sappho puellis de popularibus.

(HORAC., II, 13).

Mas prosigamos la relacion de su vida. De aquellos numerosos amores en que se extravió, la tradicion no nos habla mas que de uno; y excepto algun nombre demasiado significativo, las circunstancias quedan en el olvido. La tradicion tuvo este pudor. El único de tantos amores sobre el cual ha insistido la tradicion, aquel que se complació en embellecer, que se halla indisolublemente ligado con la vida de Safo, y cuya fama entre los antiguos y los modernos casi igualó á la gloria de la poetisa, es el solo que puede referirse. Comprendéis que hablo de Faon. Á este amor no le faltó cosa que pudiese excitar en alto grado el interes de todos los siglos; fué grande, fué desgraciado; tuvo por desenlace la trágica muerte de Safo. Como símbolo, toda esta historia se halla marcada de una profunda y dolorosa verdad. Faon era, como hoy se diria, un elegante. En vano Safo descenderá á él, como el águila de Júpiter, para trasportarlo en medio de los dioses; él se negará. Safo es morena y pequeña; su gloria y su genio le sirven de una falta mas, y él no la amará. No, Safo, tú eres demasiado grande, y él no te amará. ¡Insensata! tú le ofreces tu vida. ¿Qué haria él de ella? Deja, pues, deja juguetear entre sí á estos donosos fantasmas; una vida de hombre sería para ellos excesivo peso. Faon subsistió insensible al amor y á los cantos de Safo; y conocido es de qué modo, para curarse ó morir, se precipitó ella de la roca de Léucades.

Tal, segun la tradicion, es la vida de Safo, biografía suficiente, á la cual daria gran mérito la falta de monumentos semejantes. Por desgracia, ni una siquiera de tales circunstancias es irrecusable ni irrecusada, y yo temo bastante que toda la relacion, ó á lo ménos sus pormenores sean fábrica posterior....

Safo ¿es hija de Escamandrónimo, segun Herodoto, cuyo testimonio como mas grave y mas antiguo, arrastró á casi todos los demas; ó de Simon, ó de Euónimo, ó de Erigio, ó de Eúcrito ó de Camon, ó de Etarco, como fué asegurado por varios? ¿Es de Mitilene ó de Ereso, otra ciudad de Lésbos? La Safo cortesana de Ereso, cuya existencia es probada por textos y medallas, ¿es diversa de la ilustre Mitilenesa, ó son una sola, como cree Oleario, nacida en Ereso,

establecida en Mitilene? ¿Floreció Safo en los tiempos de Alceo, ó mas adelante, en los de Anacreonte, como da á entender un pasaje de Ninfis en Ateneo (XIII, 7.)? ¿Se ha de ver en sus amores puramente un sentimiento del todo platónico, un entusiasmo por lo bello, casto si bien delirante, como quiere Máximo de Tiro, y como propenden á admitirlo Wolf y Oleario? ¿Pasó á Sicilia por seguir á Faon, ó como se pretende en la *Biografía Universal*, por haber tomado parte en las turbulencias que Alceo suscitó en Lésbos? Y Faon, ¿fué personaje real? Y ella, ¿se despeñó verdaderamente en Léucades? Todas estas cuestiones son disputadas y disputables, y el lector curioso puede verlas discutidas en Gregorio Giraldo, Oleario, Bayle, madama Dacier, Longepierre, Wolf, etc. Yo me limitaré á una sola observacion.

Seguramente la vida de Safo fué, si no del todo desnaturalizada, á lo ménos bastante modificada, en los tiempos sucesivos. Primero, los poetas cómicos, Difilo, de Sinope, Antifanes, de Ródas, Éfipo y Timócles, Atenienses, se valieron de su nombre y sus aventuras para asunto de composiciones fantásticas. Despues, la secta epicúrea tomó este nombre ilustre para bordar en él sus modernas fantasías, tratando á Safo como los epicúreos franceses hicieron con la amiga de Abelardo; falsas aventuras, falsas correspondencias, todas teñidas en epicureísmo, fueron imputadas á la una y á la otra. Mas de un ejemplo tenemos entre los antiguos de tales fabricaciones novelescas: entre otras, las pretendidas cartas de Telésila. Por este estilo habrán sido imaginados los amores de Safo y de Alfeo, ó de Safo y Anacreonte, á despecho de la cronología. La historia maravillosa del jóven Faon, tal como la refiere Palíates, y la tradicion del salto de Léucades son cuentos populares que á mi modo de ver no carecen de cierta antigüedad; pero solo mucho despues, y en el tiempo del epicureísmo, habrán sido acoplados al nombre de Safo, cosa que para mí es evidente, á lo ménos respecto al salto de Léucades.

De esto resulta un hecho, esto es, que el egoísmo de los epicúreos tuvo alguna parte en la formacion de la biografía, en la creacion del drama ciudadano á la manera de Menandro y de la novela, así entre los antiguos como entre nosotros. Y no obstante, en cuanto al fondo, yo creo verdadera la historia de Safo, creo en los tumultos y en los extravíos de su vida, con tal que á su memoria se conceda piedad, simpatía y perdon. Perdon digo; no aprobacion: indulgencia á los extravíos que expia sobre la tierra de dos mil setecientos años acá con aquella parte vergonzosa de celebridad que subsiste mezclada á la gloria, tan legítima sin embargo y tan bella, y que quizá debió comprar á tal precio. Además de que para hacerle plena justicia, para entrar completamente en la inteligen-
cia de sus hechos, sería necesario profundizar las doctrinas de los antiguos Helenos y sus costumbres; lo cual no haré, porque hay cosas que

uno se sonroja de comprender, y que debe rehuir de explicar. Dejemos al mal aquel poco de horror que le queda.

De las obras de Safo da Fabricio un catálogo (1) y nos quedan dos odas y algunos fragmentos bastante conocidos. Nada dirémos del carácter y del mérito poético de Safo, no pudiendo hacer mas que repetir lo que dijeron en este punto los antiguos, Dionisio de Halicarnaso, Longino y Demetrio Faléreo.

De todo esto resulta, como ya he anunciado, que la condicion intelectual de las mujeres en la antigüedad no era tan enferma como alguno cree, y que sobre tal punto no tienen que gloriarse las modernas de su progreso tanto como imaginan. No serian, pues, fuera de propósito los consejos siguientes que Plutarco dirigia á las jóvenes esposas, con los cuales termino esta biografía, á modo de moralidad:

« Respecto á vestirse bien y hacer buena figura, tú, Eurídice, que has leído cuanto Timógenes escribió sobre el particular á Aristila, procura tenerlo presente. Pero, tú, Polieno, no te empeñes nunca en que tu mujer renuncie á las delicadezas de lo esquisito y suntuoso, mientras tú mismo no las miras con desprecio, y le haces ver encantado ricas vajillas de oro, pinturas en las estancias, mulas y caballos soberbiamente enjaezados. Es imposible desterrar el lujo del gineceo mientras reina entre los hombres.

« Entretanto, cuando ya estés aleccionada por el estudio de las ciencias, fundadas en la razon y en el método, atiende, oh Eurídice, á adornarte con el trato de las personas que en esto puedan serte útiles. Pero tú tambien, Polieno, reúnele á tu mujer de todas partes, como hacen las abejas, todo cuanto creas que puede serle provechoso, trayéndoselo tú mismo y con tus propias manos. Comunicaselo y divídelo con ella, haciéndole familiares los mejores libros y los discursos mejores que pudieras encontrar; ya que, como dice aquel de la Iliada: *Tú eres su padre, su madre y su hermano*. Nada seria mas honroso que oír á una mujer decir á su marido: — Amigo mío, tú eres mi maestro, tú mi preceptor en la filosofia y en las ciencias. — Y estas ciencias al principio retraen y preservan á las mujeres de otros entretenimientos indignos de ellas; despues, aquella que se hubiere prendado de los bellos discursos de Platon y de Jenofonte, no caerá jamas en los encantos de los magos, y si encontrare alguna hechicera que le prometiere sacar del cielo la luna, se befará de la ignorancia y bestialidad de las mujerzuelas que se dejan alu-

(1) *Biblioth. græca*, t. II.

cinar por tales medios, teniendo ella nociones de astronomía. No ha habido mujer que engendrarse sin cooperacion de hombre; pero se encuentran muchas que producen monstruosas é informes moles de carne. Cuidese de que no suceda otro tanto en el alma y en el entendimiento de las mujeres; porque si de fuera no reciben la semilla de los buenos propósitos, si sus maridos no les comunican alguna sana doctrina, por sí concebirán y engendrarán pensamientos monstruosos, pasiones extravagantes.

« Así, pues, oh Eurídice, aplica tu espíritu á las máximas de los sabios, y no ceses de tener en los labios las buenas palabras que poco há niña oíste y aprendiste de nosotros, para regocijar á tu marido, y para que las demas mujeres se vean precisadas á alabarte y estimarte, viéndote tan bien adornada sin haber gastado en anillos ni en joyas. Ni tú acertarias á tener las perlas de aquella mujer tan rica ni los trajes de seda de aquella extranjería, sino los adornos de Teano y Cleobulina, de Górgona, mujer de Leónidas ó de Timoclea, hermana de Teágenes, ó de la antigua Claudia, Romana, ó de Cornelia, la hija de Escipion, ó de aquellas otras mujeres que la antigüedad celebró por su virtud. Estos adornos puedes tener tú sin que te cuesten, y embellecerte con ellos. Así vivirás afortunada y gloriosa á la vez; ya que, si Safo en el justo orgullo de su poético talento pudo escribir á una rica de su tiempo: « Cuando llegues á morir, yacerás sin que de ti quede memoria, porque no cogiste flores de los rosales que crecen sobre el Monte Pierio; oscura bajarás á la mansion infernal, y no esperes volver á aparecer en tu fausto de doncella, una vez que volares á confundirte con las sombras: » ¿cuánto mayor derecho no tienes tú á enorgullecerte y hallarte satisfecha de ti misma, pues que no solo de los cantos y de las flores participas, sino de los frutos que las Musas producen y que dan á aquellos que aman las letras y la filosofia (1)? »

Hemos tomado esto de G. MONGIN.

(1) PLUTARCO, *Conjug. præcep.*, 43, 44 y 45. — Puede verse G. CR. WOLF, *Sapphos poetrix lesbica fragmenta et elogia, cum virorum doctorum notis integris, gr. et lat.* Hamburgo, 1733. — *Poetiarum octo, Etinna, Myrus, Myrtidis, Corinna, Telesylla, Nossidis, Anyta, Elephantidis, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Ibid., 1735. — *Mulierum græcarum que oratione prosa usæ sunt, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Gotinga, 1739. Va unida una noticia de todas las mujeres ilustres de la antigüedad; pero no cumplió su propósito de dar la vida de las heroínas y de las reinas, con arreglo á las medallas y á los autores antiguos.

Publicóse despues en la *Revue des Deux Mondes*, junio de 1847, un bello estudio de Emilio Deschanel, *Sappho et les Lesbiennes*.

NÚM. IV

CONFUCIO.

(551 — 479 ANTES DE CRISTO.)

Los grandes *Cuadros cronológicos* chinos colocaron el nacimiento de Cung-fu-seu (Confucio) en invierno, á la undécima luna del año vigésimosegundo del reinado de Ling-vang (rey entendido), en el reino feudal de Lu, hoy provincia del Chan-tung (oriente montuoso), 351 años ántes de nuestra era, y 54 despues de Lao-tseu. Los historiadores hacen remontar sus ascendientes hasta el emperador Wang-ti; varios de ellos tuvieron cargos importantes, y el padre de nuestro filósofo, llamado Chiu-liang-o, era gobernador (ta-fu) de la ciudad, ó arrabal de Tseu, gobierno de tercer orden, hoy Tseu-ien en la provincia de Chan-tung. Habia tenido de su mujer de primera jerarquía nueve hijas. Una mujer de segunda clase le parió un hijo desmedrado que de allí á poco murió. Muerta su primera mujer, quiso tomar otra para tener un heredero directo, y la buscó en la casa de Yen, el cabeza de la cual tenia tres hijas, y la mas jovencita consintió por obediencia en casarse con el viejo gobernador.

Realizado el matrimonio, pidió la esposa á su marido que la permitiese hacer un viaje á la colina de Ni-cheu, y habiéndose trasladado á ella, hizo su oracion al Chang-ti, supremo soberano, para obtener la fecundidad, y de allí á diez lunas dió á luz un hijo, al que puso por nombre Cheu (colina). Este niño prodigioso, anunciado como un don que el Cielo otorgaba á los hombres, tenia, se dice, sobre su cuerpo diversas señales que presagiaban lo que debia ser un dia, y lo que debia hacer en el curso de su vida en cumplimiento de sus altos destinos.

Acerca de la vida de Cung-fu-seu se han recogido las circunstancias mas minuciosas. El tierno sheu se distinguia de los demas niños por la sumision sin límites á la voluntad de su madre, que habia enviudado; por su respeto á los ancianos y deferencia á los que tenian mas edad que él; por una gravedad prematura, y por la atencion que ponía en no faltar á ninguna de las ceremonias celebradas en honor de los vivos y de los muertos. Era tan incli-

nado á prestar los honores que creía debidos, que su mayor diversion con los de su edad era saludarlos con todo el ceremonial que las personas mas graves observan entre sí, invitarlos á tomar asiento, cediendo respetuosamente el puesto principal; otras veces ponía sobre una mesa lo que tenia á mano, lo disponía en ella con orden como para hacer un sacrificio á sus antepasados; prosternábase luego dando con la frente en el suelo, y hacia las demas ceremonias correspondientes á semejante acto.

La madre del jóven sheu lo crió con muchos cuidados hasta los siete años; entónces pensó en un maestro, pero siendo viuda y jóven, creyó que los miramientos que su estado exigía no le permitian tomarle uno privado. Determinó, por tanto, mandarlo á la escuela pública, que entónces sostenía un sabio de primer orden, magistrado y gobernador del pueblo, que no consideraba como oficio inferior á sí mismo el de instruir y formar la juventud. Al mandar á su hijo á la escuela le dió el sobrenombre de Cung-ni, por otra alusion á la colina Ni, y á su grado de segundogénito.

El jóven se hizo pronto distinguir de todos sus compañeros de estudio por la modestia, la aplicacion, la dulzura, y sobre todo por sus progresos. El sabio maestro, movido por la conducta del discípulo y por sus precoces facultades, hizo de él en breve un pequeño doctor que lo secundaba en sus tareas, trasmitiendo á sus compañeros las lecciones que con tanta facilidad habia retenido. Así llegó á los diez y siete años. Estudiaba con constante asiduidad, y habiéndose familiarizado con los autores antiguos, imprimió en su corazon las profundas huellas de las virtudes civiles y morales que en ellos se veían practicadas. Solicitado por su madre á elegir un estado, aceptó un mandarinato subalterno que le daba inspeccion sobre la venta y distribucion de los granos.

Cung-fu-seu (pues que al entrar en los oficios públicos se hizo llamar por su nombre de familia, que era Cung), no obstante que de ilustre